

A woman wearing a vibrant red, long-sleeved, knee-length dress with a subtle sheen. She is also wearing red high-heeled shoes. Her right hand is visible, adorned with a gold ring and red nail polish. The background is a dark, gradient blue-green.

# La piel infiel

Atractivo, sensual, prohibido: cuidado con lo que deseas

# Lara A. Serodio

**LARA A. SERODIO**

# **La piel infiel**

**NdeNovela**

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Lara A. Serodio, 2024

Autora representada por Editabundo, S. L., Agencia Literaria

© Editorial Planeta, S.A., 2024

NdeNovela, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.ndenovela.com](http://www.ndenovela.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: enero de 2024

Depósito legal: B. 20.582-2023

ISBN: 978-84-10140-01-1

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint by Domingo, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España



Cuando me levanté aquella mañana para ir a trabajar y miré a mi alrededor, enseguida me di cuenta de cómo me transformaba en casa cuando Nico no estaba: la montaña de platos crecía, la manta del sofá permanecía arrugada, la cesta de la colada rebosaba... Era como si en su presencia fuese la persona que a todos nos gustaría ser y en su ausencia me convirtiese en la alumna descuidada que aprovecha que el profesor sale de clase para vagar.

—Emma es la ordenada de los dos —había dicho él un par de noches atrás en una cena con una pareja amiga, que había querido quedar para darnos la invitación a su boda.

Recuerdo que asentí pensando en lo falsa que estaba siendo.

—Santa Emma... —respondió Eulalia, mi amiga de la infancia, riendo.

Le di un trago a la copa de vino sintiéndome la peor persona del mundo.

En realidad, nunca me he considerado mala persona. Sé que soy débil, construida a base de fallos, que cometo errores... (muchos, cometí muchos por aquel entonces), pero no soy mala necesariamente. Tampoco es que sea una persona extraordinaria, desde luego, no para que Eulalia me llamase «santa», eso seguro que se lo debo a la imagen que ha debido de proyectar de mí durante años.

En aquella cena podría haber desmontado con apenas

unas cuantas razones que, en efecto, no tengo nada de asombrosa. De hecho, las pensé y listé en mi cabeza mientras masticaba:

No sé cocinar. Quiero decir que no poseo ninguna habilidad específica; no tengo interés más allá que el de la supervivencia y las cuatro cosas que sé que me gustan.

Me da mucha pereza desmaquillarme al final del día. Como tampoco sé maquillarme bien, la almohada mantiene bastante el tipo al final de la semana.

No hago deporte, lo siento (bueno, no, en verdad no tengo por qué pedir perdón por ello; no me gusta y nunca me apetece).

La prueba definitiva: siempre trabajo mucho y, lejos de coparme de felicidad, hace que me sienta bastante gilipollas porque me invade la sensación de que nunca tengo un duro y no llego a nada, estoy constantemente cansada, las horas del día se me cuelan por los dedos cuando intento controlarlas. Así que me he rendido: he aprendido a no luchar contra ello, porque cuando lo intento, acabo con ansiedad.

—En realidad... —carraspeé—, no plancho. Nunca. —Me pareció la mejor manera de rebajar la imagen que Nico había dibujado de mí frente a nuestros amigos, aunque no fui capaz de dejarlo ahí—: Tampoco entiendo por qué la gente lo hace...

Las miradas de Eulalia y su prometido Juan se cruzaron con la de Nico, descolocados, como si su novia, y no su amiga, hubiese dicho la mayor locura: ¿cómo no va a planchar la gente en la treintena?

—Bueno, no con la que me relaciono, al menos.

No estuve atenta a la respuesta o al cambio de tema para que nadie se sintiese ofendido.

Como decía, no creo que nada por entonces hiciese mi vida extraordinaria. Sin embargo, durante aquellos meses, el

año que estaba a punto de vivir, todo pareció increíblemente intenso. Caótico también. Ese tipo de caos que le da la vuelta a vidas enteras.



La historia que puso la mía del revés empezó la última semana de un mes de marzo, en una jornada de trabajo normal, como llevaban siendo todos los días desde hacía tiempo. Yo tenía treinta y cuatro y en lo que quedaba de año cumpliría los treinta y cinco. He decidido poner esa semana en particular como punto de partida porque fue la semana en la que Oliver, mi compañero de departamento, me hizo el traspaso de todas sus cuentas para poder cogerse una baja paternal que iría seguida de un año sabático con permiso para regresar al puesto. Había pedido todo ese tiempo para que el proceso de adaptación de su hijo, al que acababa de adoptar, fuese lo más fácil posible.

Yo llevaba ya un par de años a su lado siendo la recogemierdas de aquella agencia de *marketing* con ínfulas de gran empresa, y entendía su decisión: los irrisorios días que tenía por ley eran una vergüenza, en especial cuando los padres son una pareja homosexual. Así que Oliver se iría por la puerta ese viernes y yo no sabía cuánto tiempo me dejarían sola al frente de todas las cuentas y clientes a la vez. Casi le sabía peor a él que a mí, lo cual era bastante ridículo.

A quienes no parecía quitarles el sueño era a nuestras jefas, que no veían la necesidad apremiante de gastarse un dinero, que presumían no tener, en levantar la maravillosa piedra del mercado laboral y sacar un par más de *project managers*. Total, el término no podía estar más prostituido y en la profesión proliferábamos como el moho.

Mentiría si dijese que en el momento guardé un recuer-

do especial de esa semana, porque cada una comenzaba con la esperanza de ser tranquila y acababa sepultándose en montañas de tareas y horas extras que nunca verían su recompensa. No me era posible diferenciar los días en ese aspecto, aunque empecé a poder distinguirlos en cuanto Oliver puso el pie fuera.

Pasé a comer sola, a no disfrutar de la hora entera, a llevarme conmigo un libro del que nunca conseguía pasar la página porque enseguida tenía que atender la llamada urgente del cliente de turno.

La idea de que Oliver se fuera me hacía sentir mayor rencor hacia la agencia, una empresa de *marketing* más que empleaba nombres de grandes clientes en su página web para aparentar, pero que luego gestionaba su docena de empleados como fichas de tablero dispensables.

No había dinero para que Oliver y yo tuviéramos ayuda en el Departamento de Cuentas y Gestión de Clientes, pero lo había para impresionar con pantallas planas llenas de logos y desplegados con marcas de renombre internacional en cada pared.

Para ignorar esa rabia, en vez de tragármela me pasaba muchos minutos muerta ensimismada, prestando atención a la vista que me proporcionaba estar en la esquina de la última planta, contemplando el mundo desde aquel chaflán del Eixample, los coches peleándose por la prioridad en el cruce.

La jornada avanzaba y yo seguía allí hasta ver los últimos resquicios de luz del día. Supongo que así es la vida adulta para todos los que compartimos el atasco de vuelta o el asiento en el metro.

Siento más amargas mis palabras de lo que en verdad deberían ser. No siempre estuve tan desencantada con mi profesión. Pero entiendo que, en algún momento del cami-

no, los días comenzaron a hacerse cuesta arriba y poco pasó a importar ya que me gustase o no mi trabajo; esa emoción no conseguía arrastrar el peso de todo lo que llevaba a la espalda.



La agencia se situaba en la quinta planta de un piso del Eixample Esquerra. Chimaera —*marketing*, comunicación y eventos— había comenzado su andadura en el piso de la abuela de una de las fundadoras y, con los años, la planta entera se había ido reformando para hacerle hueco a mesas de trabajo.

Las habitaciones destinadas antaño a miembros de una familia acomodada se habían transformado, por magia de la herencia familiar, en estancias por departamentos, y la cocina, en el *office* donde calentar los táperes a mediodía. Así, el salón era la sala de reuniones; la entrada y el pasillo con baldosas de suelo hidráulico se habían convertido en un exquisito y moderno recibidor y sala de espera. Contabilidad tenía como despacho otro gran salón; Diseño y Creatividad, una habitación doble con balcón; el Departamento Digital, otra; y Noelia y Sofía, las fundadoras, contaban cada una con una gran *suite* (baño privado incorporado).

Los dos que formábamos Gestión de Proyectos, en cambio, estábamos situados al fondo del largo pasillo, expuestos al ruido de la calle, cerca del baño, cerca de la cocina, cerca del ascensor, cerca de la sala de reuniones donde cada día entraba y salía gente sin parar... Éramos la oveja negra de la familia, relegada al destierro, pero, eso sí, con balcón.

La semana que Oliver me iba a dejar huérfana y sola en mi propio cuarto, se había pasado horas traspasándome todas las cuentas que había llevado desde sus inicios. El fun-



cionamiento entre ambos había sido magnífico: él tenía unos clientes asignados, yo otros, y ambos gestionábamos los proyectos que se llevaban a cabo con cada uno de ellos. Cuando uno de los dos estaba con el agua al cuello, nos echábamos una mano..., porque poco se le podía pedir al equipo al fondo del pasillo.

Para ellos éramos los que les exigían trabajar (como si fuese nuestra voluntad que el cliente pidiese cosas para anteayer y decidiese cambiar de opinión quince veces en el proceso). Moverse y caminar los veintidós metros de pasillo era pedir demasiado a la docena de personas que se encontraban en el mismo piso que nosotros, por lo que Oliver y yo solo éramos dos nombres en un encabezado de correo electrónico, en un chat de empresa.

No había sido hasta entonces cuando el nombre de Alexei se coló por primera vez entre frases. En el momento no presté atención porque no había razón para hacerlo; estaba recibiendo decenas de invitaciones a carpetas compartidas llenas de datos y cada palabra era similar a la anterior.

—Emma, *darling*, no me odies —me dijo Oliver desde su mesa, a escasos centímetros de la mía, dándole la espalda a la ventana—, pero el último *folder* que te he hecho llegar deberías pasarlo a cuentas activas porque me suena que, en este mundo de caos y confusión donde somos el último mono, en algún momento hayamos arrancado nuevos proyectos con ellos.

—Genial, más trabajo, ¿por qué no? Total... No tenía suficiente con mis cuentas como para que me endosasen tu montaña de mierda... —respondí con el ceño fruncido, sin levantar la vista de la pantalla de mi iMac.

—Vendré a desayunar contigo —añadió él con una mirada lastimera.

—Vendrás a alimentarme a través de la reja mientras sa-

ludas desde el otro lado con un bebé adorable. Sácales la cáscara a los cacahuets y yo abriré la boca. Con suerte aciertas.

El humor de perros no me abandonaba porque me había parecido una locura que en todo el traspaso nadie hubiese sugerido buscarle un sustituto a Oliver. Dos personas de Contabilidad y nuevo negocio, un programador con becario, tres directores de arte, un experto en digital —cuyo trabajo nunca tuve claro—, un especialista en audiovisual..., ¡dos CEO, incluso! Y una persona sola —yo— para atender a todos los clientes (sus peticiones, sus presupuestos, los tiempos de las entregas...).

El año que se me venía encima estaba a punto de volverse más y más negro por momentos... hasta que me llegó agendada la primera reunión. Unos cuantos días más tarde, él apareció en la oficina.



Cuando lo vi por primera vez era un día aburrido. No sé si era mañana o tarde, solo sé que era aburrido y que llevaba días sintiéndome muy sola, sin la voz de Oli cantando algún éxito comercial estúpido para amenizar la jornada laboral. Recordaba que, antes de su marcha, Oliver se había asegurado de hacer varios comentarios para nada sutiles sobre él: «Ya lo verás...». Gracias a ellos, me había quedado claro que se trataba de un tipo atractivo, con una empresa que facturaba números que tal vez dentro de las estadísticas de mercado no eran fuera de serie, pero que para mí suponían cifras que jamás pasarían por mi cuenta bancaria en toda una vida.

Ah, sí, y que tanto su manera de ser como su forma de trabajar no eran «convencionales».

—Te darás cuenta enseguida de que no está dentro de

ninguna etiqueta que hayamos podido ponerle al cliente típico: no es el modernete de bambas divertidas, ni el sesentón que le roba la *hoodie* a su sobrino, ni el directivo de turno que lleva un Hugo Boss de dos mil pavos y no se entera de nada —había añadido Oliver en uno de sus últimos momentos, dejando su mesa con los pósits ordenados y los bolígrafos con la tapa que correspondía—. Está muy encima de cada paso que damos, pero se hace agradable y para nada pesado.

Por esas razones no supe que él era «él» hasta días después.

Tan solo vi a una de mis jefas —¿había sido Sofía?— pasar por delante de mi zona junto a un hombre desgarrado que llevó la vista a mi rincón nada más girar el pasillo camino a la sala de reuniones. Recuerdo unos vaqueros, unas zapatillas, una chupa, una montaña de pelo repeinado acabado en tupé y unos ojos azules. Levanté la vista y la volví a hundir sin inmutarme porque era probable que se tratase de un proveedor ofreciendo sus servicios.

Al rato escuché a Sofía despedirse con un «Mañana nos vemos, entonces» y la vi acercarse hacia mí con unos documentos entre las manos. Me dijo el nombre de la compañía, nombró a Alexei señalando el umbral de la puerta por el cual había cruzado él hacía escasos minutos y me urgíó a que a la mañana siguiente estuviese al día de nuestras colaboraciones pasadas y tomase notas en la reunión.

—En el caso de este cliente, suelo ser yo la interlocutora. Tu presencia será puntual, Oliver hacía lo mismo. Solo te necesito como apoyo —sentenció antes de adentrarse en el pasillo camino a su despacho.

Y así fue como terminé sentada frente a él al día siguiente, al otro lado de la gran mesa de reuniones de su empresa, en unas modernas oficinas del 22@. Lo observé

mientras Sofía mantenía una distendida charla y él explicaba los proyectos que habían arrancado de su mano «tras el parón».

Parecía una persona seria, profesional. No estaba muy convencida de ver en él todo lo que Oliver había dejado caer. ¿Poco convencional porque llevaba ropa informal en un ambiente donde los presupuestos siempre eran, como mínimo, de entre cinco y seis cifras? Posiblemente esa chaqueta costase más que un traje de marca. Eso sí —y esto es algo que he de concederle—: no se trataba del estilo de vestir, sino de la actitud que parecía llevar puesta encima.

Entre apunte y apunte, en mi asistencia a aquella reunión tuve tiempo de escudriñar que en verdad sus achinados ojos eran grises y no azules. Que su piel blanca destacaba bajo las pecas que poblaban su cara de manera disimulada. Tal vez no era tan alto o fornido como dejaba en el recuerdo, pero irradiaba una potencia física que intimidaba. Salí de mi error en cuanto a su cabello al levantarme y despedirme de él, oportunidad que aproveché para observar más de cerca que ese espeso pelo, corto por los lados, pero acabado en tupé, era de un pelirrojo oscuro. Quise tender mi mano para estrechársela, pero él apoyó la palma en mi brazo con familiaridad y se inclinó para darme dos besos.

—¿Emma, era? —preguntó sin esperar respuesta, acompañándonos hasta la salida sin apartar la mirada, dejando durante unos segundos todo el aire a nuestro alrededor bañado de su perfume.

De vuelta a la agencia, aún con su olor dando vueltas pegado a mi ropa, pensé en que hay personas que emanan sexualidad allá por donde pasan como quien va repartiendo semillas en un campo: las hay que germinan, las hay que caen fuera y se secan antes de dar fruto. Alexei cumplía con claridad el perfil de persona coqueta, de conquistador que se

gustaba y necesitaba gustar, aunque no fuese, en aquel primer instante, algo a lo que yo me creyese vulnerable.

Gracias al primer par de llamadas y a su siguiente visita a la oficina, me encontré con la información en mi camino (¿o la había ido a buscar?) de que la razón de su nombre y un color de pelo poco común para la población peninsular era un abuelo ruso.

Tal vez se empezaron a colar por pequeñas rendijas muestras de que Alexei no era, a fin de cuentas, tan convencional. Cuando se trataba de la mayoría de clientes, muchos ignoraban a la chica del despacho en un rincón frente a la sala de reuniones, «la de piel morena y corte *bob* que se sienta al lado del gay». ¿Qué hacía? ¿Era importante? No, en realidad no lo era, pero él siempre me miraba a los ojos y se tomaba el tiempo de desviarse los tres metros desde el pasillo hasta el marco de mi puerta abierta para darme los buenos días y preguntarme qué tal estaba.

Comencé a ver que Oliver tenía razón: él estaba encima, presente... Quizás era una cuestión de control, una necesidad de supervisar, de ver en qué cesta estaba poniendo los huevos de su negocio. O tal vez era alguien a quien le entusiasmaba su trabajo y disfrutaba con «ser uno más del equipo» (la falacia que los clientes venden a las agencias de *marketing* cuando las contratan, y que cae por su peso cuando algo sale mal «con los de arriba», su cabeza está en juego y nosotros somos los primeros en ser ofrecidos como sacrificio).

No me sorprendí, pues, cuando en los primeros correos Alexei comenzó a ser igual que en persona; un silencio común entre montañas de *e-mails* que no sería posible diferenciar de los centenares previos... hasta que en la bandeja aparecía un mensaje suyo.

**ALEXIS:** Gracias, Emma. Va a ser un placer trabajar contigo, estoy seguro de ello.

No hace falta hacer hincapié en el hecho de que muy pocos respondían personalmente al remitente en copia encargado de los deberes menores. Alexis —como empecé a llamarlo yo también pese a que así había sido como se había presentado— estaba mostrando una cualidad de la que muchas otras personas de mi entorno carecían. No solo era atento; existe gente atenta, pero a la que sigues considerando igual de relevante que una columna de *parking*. Acostumbrada ya a los gilipollas con los que había lidiado en los últimos diez años de carrera en el mundillo, el hecho de que él me mirase a los ojos fue un punto de inflexión.

Puede que pasaran un par de semanas en las que, no lo voy a negar, yo no había comenzado a trabajar con él muy convencida de si me agradaba esta cercanía o no. Tampoco es que tuviera opción. La nuestra era una relación de poder. Yo trabajaba para él y mi labor era, al final del día, satisfacer al cliente. En cierto modo, y tal vez fue por eso por lo que sentí que Alexis supuso una irrupción en mi vida, fue él quien vino a mí; yo ya estaba allí, sentada, viendo a la gente pasear por el chaflán de enfrente desde hacía tiempo, subiéndome las gafas con el dedo índice cada vez que se me resbalaban por la nariz y respondiendo correos electrónicos desde el teléfono, que me llevaba al lavabo por si surgía algo en esos tristes minutos de ausencia. Yo no me movía, estaba plantada, mis ramas llegaban hasta el final de mi escritorio, poco más podían considerarse mis dominios... Fue él quien, volando cerca, un día se posó.



Las primeras semanas en las que arrancamos los proyectos de lanzamiento de los nuevos productos de su empresa —varios *softwares* y plataformas—, no me molesté en tratar de entender qué vendía. Más bien estas se sucedieron mientras me dedicaba a extraer su personalidad a base de detalles. Con cada visita a su oficina, llamada o reunión improvisada en la que en vez de conectarse a una pantalla él prefería salir del despacho y pasarse por la agencia (Sofía lo llamaba en confianza «culo inquieto»), fui descubriendo pequeñas cosas sobre él.

No parecía que pudiese sacar mucho de pinceladas tan aleatorias y, sin embargo, en un periodo corto supe que era una persona poco fotogénica y que no conseguía transmitir en una imagen la impresión que causaba en persona (mi trabajo, en parte, consistía en buscar el impacto de su marca e implementar la estrategia de *marketing* planteada por el resto del equipo; imágenes de su cara se habían colado en mi ordenador sin haber hecho yo siquiera un clic).

—Puedes dejar el casco en la entrada —le indicó Sofía, sofocada por la sorpresa de su aparición.

—Tranquila, estoy acostumbrado a llevarlo colgado del brazo —le aseguró él mientras se llevaba la mano al cabello y se lo peinaba con los dedos.

En ese gesto recuerdo que percibí los cambios en el color de su pelo. No sabía si se debía a la luz del día o al peinado en cuestión. Juraría que había veces que me parecía más rubio, otras más castaño, y en ocasiones veía con claridad el pelirrojo característico.

No me había percatado de la cantidad de canas que lucía su cabello; desde luego, no tenía la impresión de que hubiesen sido tantas al principio, cuando lo conocí. También le salieron *a posteriori*, durante todo aquel tiempo, y yo no me di cuenta, como tampoco había reparado en ellas de cerca.

De hecho, no sabía que un pelirrojo pudiese tener canas; tal vez él era el único. Fantaseé con la idea hasta que un día me sorprendí a mí misma buscando la respuesta en internet para salir de la duda. Para ser alguien que iba a generar una carga de trabajo colateral en mi día a día, estaba más presente en mi mente de lo que hubiera imaginado.

Lo cierto era que Alexis parecía cortejar a cada persona con la que se relacionaba. Ya podía estar pidiendo la hora o dando las buenas tardes, nunca parecía tan solo un simple interés por su parte en ser estrictamente educado. Viéndolo interactuar con Sofía al inicio, me convencí de que quería algo más con ella, o al menos de que esos dos besos que le daba eran los de una persona que buscaba llevar el cariño un paso más allá. Había resultado todo de una primera sensación, ya que luego fui incapaz de pasar por alto su anillo en el dedo índice de la mano izquierda, esa que tamborileaba sobre la mesa en las reuniones y con la que gesticulaba explicando en profundidad algún proyecto. A lo mejor estaba siendo mal pensada: me sentía culpable al juzgar a un hombre felizmente casado cuya naturaleza podía ser, tan solo, cercana. En realidad, lo había visto también rodeado de hombres y provocaba el mismo efecto.

No solo la apariencia desaliñada podía dar pie a considerarlo como alguien informal, también tenía un gran sentido del humor. Hacía bromas cuando menos te lo esperabas y pronto dejó colar en la superficie, junto a todos esos detalles y esa voz atenta, que era una persona que no escondía el hecho de que le gustaba, en definitiva, pasárselo bien.

Me llevó poco tiempo admitir que todos sus rasgos me parecían atractivos, no solo en el trato, sino físicamente. No era la primera vez que me sentía atraída por alguien estando en pareja, aunque tenía otras prioridades en mi vida lejos de tirarle la caña a un pelirrojo de cuarenta y siete años. Tal vez



por eso, porque en ese momento tendría que haberme concentrado en mis necesidades más profundas, en mis problemas de insatisfacción diaria con la vida que me arrastraba desde las ocho de la mañana a la una de la madrugada, lo que hice fue evitar pensar en ello... y dejar que gobernaran mis deseos más superficiales.